

ROMANCE DE BARRIO EN TRES MOVIMIENTOS

DOI: 10.24142/unaula.n43a2

REINALDO SPITALETTA¹

¹ Reinaldo Spitaletta: Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia y egresado de la Maestría de Historia de la Universidad Nacional. Es columnista de *El Espectador*, director de la revista *Huellas de Ciudad* y coproductor del programa “Medellín Anverso y Reverso”, de Radio Bolivariana. Es autor de más de una veintena de libros.

1. Barrio que eras toda nuestra fortuna

“Vení, vamos a escuchar melodías”, eso decían en el barrio, en la esquina, para referirse al tango. Y por ahí, en radios y radiolas, brotaban “Marión”, “Buscándote”, “Recién” y aquel valsecito ineludible y sentimental, cantado por Alberto Podestá: “Bajo un cielo de estrellas”. El barrio tenía canciones. Era entonces una congregación de emociones, de encuentros y saludos. Había olor a ladrillo, a polvo de caminos, a uniformes de colegialas. Qué diversidad era el barrio, con su fútbol callejero, con piedras como lluvia sobre algunos entejados, con ventanas que cantaban por las noches.

El barrio sin después era solo presente. Vivíamos al día, con la escucha de una emisora de músicas juveniles, con la esquila que le enviabas a la muchacha de la otra esquina, o a aquella del segundo piso de enfrente de tu casa. Era el de las transacciones pequeñas, una gaseosa después del partido, unos cigarrillos al menudeo para fumar en la esquina de los sueños, en la que a veces se hablaba de qué sería el mañana, aunque, sin tantas trascendencias ni expectativas. El futuro no era lo importante. Sólo requeríamos del ahora, de la vida exuberante, de las ganas de correr por las noches en juegos insólitos, en los que la imaginación cumplía un rol sin el cual era imposible ver cómo nos contábamos una película de indios y vaqueros en la terminación de una jornada de “pelota envenenada” o de “guerra libertada”.

El barrio tenía bares con luminosas pianolas. Las mirábamos, al atardecer, desde las ventanas porque sólo era posible que entraran a sentarse en sillas metálicas los mayores, algunos que olían a telares, otros que ya se hacían hombres con las músicas del Wurlitzer o del Seeburg, con corazón de níqueles y fosforescencias psicodélicas. El barrio sonaba a guitarra de medianoche y a bicicletas obreras por calles sin asfalto.

Después, cuando ya no éramos del barrio, cuando nos habíamos ido porque crecimos, o porque salimos a otros barrios a buscar nuevas puertas y salas y ventanales y canchas y muchachas del atardecer, supimos que el barrio era la patria. No eran los escudos ni las banderas ni los próceres ni los himnos ni cosas así lo que nos identificaba en el mundo. Era algo más simple, tal vez más hondo y singular: una geografía delimitada por afectos, por un cotejo de fútbol, por haber navegado en los ríos creados por la lluvia en barquitos de papel.

El barrio era una sensación interior, unos latidos, un sentir en la sangre las primeras vibraciones del amor, que podía tener cara de colegiala o de señora bonita. El barrio iba hasta ciertas esquinas, hasta ciertos cruces, a veces encrucijadas. Sabíamos cuáles eran sus límites, más men-

tales que físicos. Como lo supimos después, el barrio nada tenía que ver (aún debe ser así) con asuntos catastrales, ni tampoco con los trazados oficiales de oficinas de planeación urbana. Iba hasta cierta cuadra, hasta cierta tienda, hasta una quebrada, con su puente sin barandas. O hasta donde vivía una muchacha con cara de recuerdos.

El barrio eran los primeros amores, los iniciales chutes de balón, las promesas incumplidas de encontrarnos con una pelada en la heladería, los inquilinos que aparecían con sus fisonomías de novedad y las actitudes de certidumbre de los que llevaban años en la misma casa. Todos se conocían, se saludaban, se decían por sus nombres, o por sus sobrenombres. Eran los acordes de guitarristas primíparos y el intercambio de mentiras juveniles. Era una conexión a tierra y muchas alas para cruzar cielos de cometa y de globos decembrinos. El barrio a veces era como un barrilete al que le faltaba hilo, o le pesaba la cola.

Era también la posibilidad de ejercer el voyerismo por los solares, por algún orificio en las paredes del patio; era el mandar saludos a la hija del mecánico o a la del bombero o a la del oficinista bancario. Era saber un poco de los figurines de las modistas, de las tareas que ponían las del colegio de monjas a sus alumnas, de tirarse en una manga con la cara al sol. Era sentarse en una acera, en el cordón de la calle, en las escalinatas de la casa de doña Rosa. O decirle a uno de los clientes de la cantina que si ponía una canción para que la escuchara desde la casa la monita Sara.

El barrio, con su olor a frituras de seis de la tarde, con sus radios sintonizados en emisoras con novelas de aventuras, con los traganíqueles que “molían” tangos (también baladas y guarachas) día y noche, era un poco el contacto con el cine, la lectura de novelitas del Oeste, la colección de cromos o “caramelos”, algunos de actores y actrices; de futbolistas otros; y de colecciones naturales o de geografía y turismo. Era llenar álbumes y aprender a tocar la armónica. Y cantarle a una muchacha asomada por un balcón.

Como decía Troilo, uno no se va del barrio, porque siempre está llegando. Qué importa que ese barrio de infancia y de adolescencia ya no exista, y se haya transformado en una enormidad de comunicaciones con torres de apartamentos, quizá un nuevo gueto, la desaparición del vecino y tantas ausencias. En la memoria continúa como una patria a escala, quizá la única, la irreversible, de la que jamás se reniega ni se puede uno ausentar, porque son múltiples los lazos, las conexiones, los recuerdos...

Pese a sus cambios, o incluso a su desazonada desaparición, hay un barrio que nos habita, que nos dio su carácter, ciertas maneras de ser, rumores de melodías, la letra inesperada de una canción de amores contrariados. Ni el barrio se va ni uno se va de él. Lo seguimos caminando en una respiración, en un abrazo con un amigo que hace tiempos no veíamos, con la memoria de una pelota sobre una calle del recuerdo. Del barrio no nos vamos, ni uno se va de su barrio imprescindible en la educación sentimental y en los primeros afectos por una geografía convertida en patria para siempre.

(Escrito en Medellín, todavía ciudad de barrios, el 21 de mayo de 2023).

2. Música de cámara para el barrio

(Un lugar donde la gente y las cosas siempre tienen nombre)

El barrio, esa entidad poética que no solo es geográfica o territorial, sino que es parte de una metáfora de ladrillo y cemento, con presencias amistosas y caras conocidas, en un mundo como el de hoy en el que la anomia y la negación del otro es parte de su cotidianidad, es ahora como una mano que se agita en un puerto para decir adiós. Me preguntan a veces por qué escribo tanto sobre el barrio, acerca de esa célula que en otros días era dadora de carácter a quienes la habitaban y era considerada

la “patria chica”, o, por qué no, la única patria de los que constituían parte de sus dinámicas y modos de ser, y entonces contesto que es por motivos de sangre.

En el barrio las cosas y las gentes tienen nombre y significados. Se cultivan los apegos y se le da rienda suelta a la amistad como a las solidaridades. Es un terreno para desplegar afectos, a veces hasta por las paredes, las puertas, las ventanas, las esquinas y por otros componentes como fachadas y demás arquitecturas, que se nos vuelven familiares, aspectos de nuestros paisajes entrañables.

En el barrio se aprende a querer. Y también, como acaecía hace años, a jugar. Y no sólo el fútbol, por ejemplo, que es o era una de las pasiones desarrolladas en los cotejos callejeros de alta intensidad, sino otros, como las rondas pintorescas de niñas, con sus cánticos y dichos rimados, y los de tantos muchachos que en esos entornos ejercían la imaginación y la vitalidad de los años mozos.

El barrio daba entonces lugar a los romances, a los acercamientos de piel, a las palabras secretas de declaraciones amorosas y a las aventuras que iban más allá de las que se veían en las salas de cine, se escuchaban en la radio o se planteaban en los receptores de tv. Era una cantera de historias y pasiones. El primer beso, los iniciales temblores, las sensaciones inesperadas de la adolescencia se configuraron en aquel espacio que, con sus casas, calles y habitantes, tenía sus particularidades y propias maneras de ser.

En el barrio de otros tiempos todos sabían cuáles eran sus fronteras, unos límites que, más que los establecidos por departamentos de planeación o de catastro, los proyectaba una mentalidad, la cultura, unas formas típicas de la existencia en una cartografía de querer y otros afectos. No había una línea demarcatoria. El barrio se prolongaba hasta donde comenzaban a cambiar las caras conocidas, y se iniciaban las extrañezas. Un barrio era un olor, un sabor, una música particular, un enlace

de susurros y conversaciones. Y, en determinados casos, era un café de esquina, una tienda, la carnicería con sus baldosines y neveras como armatostes, o la cara linda de una muchacha.

El barrio era el reino de los nombres (también de los sobrenombres). Allá vive doña Marta, la casa azul es de los Gómez, esa otra con antejardines sembrados de plantas medicinales es la de la bruja Amelia. Esta esquina es la de la tienda de doña Joaquina y la que sigue, la del bar River Plate. Todo estaba nombrado, referenciado, tenía una historia, en ciertos casos una mitología. Nombres que se nos iban quedando en la memoria y en las entrañas. Bar Los tres amigos, bar Florida, el taller de Martín, la casa de Barriga de Plomo...

El viejo barrio ha ido en deterioro. Donde había casas, las de gente que uno conocía, donde nos habíamos reunido en patios y solares, ya hay un edificio frío. Los que allí habitan ya no son del barrio. No se sabe de sus nombres y oficios, están por fuera del circuito del chisme de esquina y ni saludan. Se ha visto que, en tradicionales barriadas, con tendencia a la desaparición, crecen los edificios de apartamentos, aquellos en los que se pierde la noción del vecino y surge el anonimato.

Me parece que todos (bueno, casi todos, hay nuevas generaciones que no lo conocieron) llevamos un barrio adentro. Lo transportamos en recuerdos y nostalgias, en nombres y bullicios, en fiestas y velorios. Yo, por mi parte, como lo escribí en mi libro *Historias a domicilio*, llevo muchos barrios conmigo, porque fueron muchos en los que viví en la infancia, en la adolescencia, en la primera juventud.

De tantos sé sus recovecos, sus huellas, sus voces desaparecidas, sus cantos, el caminado de las muchachas, los ires y venires de los trabajadores... Algo de cada uno habita en mis sentimientos y aún en esos vacíos que ya nada puede llenar. Uno se vuelve barrio. Y después, ya es imposible deshacerse de sus cantos, de sus esquinas amorosas, de sus tangos y sus guitarras eléctricas.

Tal vez la canción (el género) que más le canta al barrio es el tango. Hay por montones con homenajes, desahucios sentimentales, memorias tristes, callejones, callecitas por la que ella ya no está, desilusiones y tantas despedidas. Sur, callejón y después... barrio reo, barrio pobre, barrio del que nunca me he ido y al que siempre estoy llegando, barrio plateado por lunas y por nombres en los muros... barrio de fiesta de las cosas más sencillas. El tango los trajo. El tango se los lleva.

Y entonces, cuando alguien me pregunta por qué me gusta tanto escribir sobre el barrio, no sé en ocasiones qué contestar. Son múltiples los motivos: una cerveza conversada, un gol muy celebrado, una muchacha en la ventana, unos jubilados en la tienda, y un parque y una banca y un árbol con cosecha de pájaros, y por supuesto, un tiempo que ya no es.

Barrio, esquina, callejón. Y los nombres de amigos y conocidos que se han ido, y tantas historias, como una que me contaron los amigos de Alberto Arango (los hermanos Iván y Gustavo Villegas), sucedida en La Floresta, cuando a un muchacho se le murió la novia y se fue al bar de la esquina, bar de tango, y con monedas infinitas siempre marcó una selección, de José María Contursi y Carlos Di Sarli: “Verdemar”, y el hombre abrazaba la pianola y lloraba sobre ella, sin consuelo y sin límites:

Verdemar... Verdemar...
Se llenaron de silencio tus pupilas.
Te perdí, Verdemar.
Tus manos amarillas, tus labios sin color
y el frío de la noche sobre tu corazón.
Faltas tú, ya no estás,
se apagaron tus pupilas, Verdemar...

El barrio tiene un tesoro: siempre hay nombres. O sobrenombres. Siempre un saludo, un abrazo, un encuentro de dos manos... Siempre hay vecinos. También hay adioses. A mí me sucede, como al gordo del tango con su hermoso “Nocturno de barrio, que nunca me he ido” (“¿cuándo?,

pero ¿cuándo?”), porque siempre estoy llegando, qué vaina. El barrio que querés y que te quiere, siempre te dirá: vení, quedáte aquí.

(Escrito en Medellín el 31 de enero de 2022)

3. Hubo una vez un barrio

(El regreso en un día decembrino a una geografía de adolescencia)

No era una caminata de los pasos perdidos ni del tiempo recordado. No se estaban abriendo las grisáceas puertas de la nostalgia, que es una especie de pesar agri dulce por lo que ya no es. Sólo era una convocatoria, sólo posible en el último mes del año, tiempo predispuesto para esculcar memorias y otras recordaciones. Una calle larga, o, de otro modo, una carrera, según las nomenclaturas, que tiene de frente, muy al fondo, a un morro cada vez menos visible por los edificios atropellados y de estructuras ramplonas que deshonran el paisaje, y que pasa por un lado del parque principal, toma hacia el norte, deja atrás (en una reminiscencia inevitable) lo que antes fue una escuela oficial y ahora es una institución educativa de esperpéntica construcción, y va andando hacia una calle transversal que, desde los tiempos de la primera fábrica textil que hubo en Bello, se denominó El Carretero.

Voy caminando por esa carrera en la que hace no sé cuánto tiempo había una agencia con nombre de máquina de coser, en la que vendían cromos, “caramelos” o láminas coleccionables de álbum, veo la que hace años fue una carnicería, me detengo en la esquina en la que existió un bar (el Viejo Palmeiras) y avanzo cabalgando en los recuerdos que me azotan con su látigo de imágenes de adolescencia, cuando a las diez de la noche salíamos del colegio nocturno (allí estudié dos años), nos íbamos algunos compañeros a un club (el “Club Coca-Cola”) a tomarnos una cerveza a la que le mezclábamos alguna píldora (o pepa, según el lenguaje de entonces) y tras escuchar cantantes de la Nueva Ola, volvíamos a casa, como si voláramos en una nave espacial con tenis desahorados.

Paso por enfrente de la que fue la casa de los Avendaño (uno de ellos fue portero de fútbol del equipo en el que yo era puntero derecho, el Calzado Extra) y cada vez, con un cielo con pocas nubes, el morro tutelar del Quitasol se me muestra por fragmentos, con una arborización reciente (no sé si haya todavía noros y chagualos) y cada vez es menos enorme de lo que me parecía en la infancia y en los llamados “años mozos”. Es una tarde de mediados de diciembre. En otros años, muy lejanos, era más bien una calle sin automotores (o muy escasos), sin motocicletas, sin almacenes, sin bazares, sin mercados de autoservicio, sólo casas, uno que otro bar y alguna tienda, con bicicletas de obreros. Hoy es un atiborramiento de gentes, vehículos, ventorrillos callejeros. Son otros tiempos, claro.

Desemboco en El Carretero. Me detengo en la esquina y desde ahí miro un edificio de ladrillos a la vista, triangular, de dos pisos, que es como un islote delimitado por tres calles, y acera alrededor. Doy otra atisbada al morro, y lo veo como una montaña triste. El sol de la tarde da con fuerza en los ladrillos del edificio donde hace años estuvo el Bar La Isla, que tenía piano y de vez en cuando alguna pelea entre borrachos. Ya no está, pero sí se mantiene, en la que es la entrada al segundo piso, un escalón de cemento. Me veo ahí, sentado, comenzando apenas la noche, un muchacho de catorce años, que espera que, de uno de los buses que discurren por El Carretero, se baje doña Romelia, alias la Mona, que está de compras en Medellín. Me siento de nuevo, muchos años después, y desde luego la espera ha terminado. Me levanto con lentitud (ya hay dolor de espalda) y observo, sobre la cincuenta, una casa destartada en la que antes vivió uno al que apodábamos Tripa, de pocos amigos. Más allá, sobre El Carretero, busco con la vista la entrada de la casa de los Marroquín. Con “Perra” (así le decíamos a uno de ellos, de los menores), jugábamos al fútbol en las mangas de La Selva, junto a la quebrada La García.

De la Isla recuerdo sonidos de tangos, algunos de malevajes y des-amores. No sé si sonaba en aquellos días (en que poco o nada me in-

teressaba ese género, solo que se escuchaba por todos los cafetines que abundaban en Bello, en todos los barrios) uno que comienza a sonar en mi interior y que dice: “barrio de tango, luna y misterio, desde el recuerdo te vuelvo a ver”. Desde la acera del ahora inexistente bar observo, en otra esquina de El Carretero, un santuario, con ondeantes banderas blanquiazules, y una virgen, rodeada por un enrejado: La Milagrosa. Y entonces, movido por unas inevitables ganas de bajar por la carrera cincuenta hasta lo que llamábamos la plazuela, en el barrio El Congolo, me deslizo sobre mis recuerdos, pero flotando en un presente que me muestra casi las mismas construcciones con otros colores y algunas reformas arquitectónicas.

Ahí está el viejo barrio, atravesado por otra transversal que corta a la cincuenta. Ahí era la plazuela, que entonces era uno de nuestros estadios callejeros, y veo la casa que era la tienda de doña Joaquina y Marcos, y enseguida la casa de los Castaño, donde vivió Álvaro, un muchacho de ojos claros que me prestó una vez los dos tomos de *Las Mil y una noches*, que leí en una semana (tal vez menos), y su contenido me cambió la visión del mundo y me hizo saber, sin proponérselo, que en casa mis hermanos y yo teníamos una Scherezada. Pero esa es otra historia. Ahora estoy parado en una esquina, viéndome y viendo a los muchachos de entonces, con una pelota de “carey”, haciendo las jugadas de Pelé y Rivelino, las de Jairzinho y Carlos Alberto, las de Gerson y Tostao, del Brasil del Mundial 70. En las puertas y ventanas hay gente que nos observa, algunas señoras con caras de “ojalá venga la policía y les decomise la pelota”, también hay muchachas, con rostros de curiosidad y seguro con ganas de noviazgos.

Ahí, en esa esquina, estaba el bar Florida, el del bizco Arturo, con su Wurlitzer de cien selecciones, con tangos y canciones del Club del Clan. Era un bar al que iban obreros de Fabricato, vagos muy conversadores, jóvenes con melenas revueltas, uno que otro cuchillero (escondían debajo de las mesas las puñaletas, que también camuflaban en periódicos

y revistas) y algún bacán peinado a la gomina. Una visión, que puede ser debido al sol incandescente (como el de *El extranjero*), me muestra a los que nos sentábamos afuera de ese bar (no nos dejaban entrar, por ser menores de edad), o en las afueras de la tienda de don Juan (comprábamos cigarrillos al menudeo y leche condensada), los que corríamos por esa calle sin asfalto (apenas estaba cubierta por una capa de arena, piedras y brea), en un interminable partidazo de fútbol.

Es casi la misma geografía urbana, sin muchas novedades, las mismas casas, la de la familia Hernández, la de los Chingas, la de César, Buñuelo y Colombina, la del negro Humberto (el hijo de doña Rosa), la de Vampiro (que estaba en el segundo piso de la tienda de don Juan), que tenía hermanas muy bonitas. Creo que me elevo escarbando en el recuerdo. Por esa calle antes sin vehículos (o muy escasos), hoy pululan buses y otros vehículos, calle de ruido, que me ofrece su paisaje para hacer memoria de un tiempo esfumado, concluido, sin nuevos horizontes... Los de la “gallada” éramos unos veinte, sin sumar los “patos” de ocasión, que aparecían para que los incluyéramos en nuestros “picados” callejeros.

No supe más ni de “Naranja” ni de Argiro (a un hermano suyo lo mataron) ni de Santiago ni de Elías ni de Atehortúa (uno, mayor que nosotros, que nos enseñaba estupendas jugadas de fútbol) ni del Orejón ni de Miñor ni del Gordo Humberto... de Chucho y Manuel, sí. Fue aquel mi barrio por tres años, un barrio de obreros y de señoras que salían muy bien vestidas los domingos. Paso por enfrente de la que fue mi casa y tiene la fachada reformada. Ya no está por ahí la tienda de doña Marta y Pedro, ni la hija del bombero (le decíamos Miss Congolo), ni los helados de doña Cruz ni la panadería de Palustre.

Un día de mediados de diciembre he vuelto al barrio “que un día dejé”, y vuelve a sonar en la memoria el valsecito de Enrique Francini y Héctor Stamponi, con letra de José María Contursi, que se repetía hasta el infinito en El Florida: “Mucho tiempo después de alejarme, / vuelvo

al barrio que un día dejé... / con el ansia de ver por sus calles / mis viejos amigos, el viejo café...". Se escuchaba día y noche, y ahora, aquí parado en una esquina del recuerdo, suena otra vez para mis adentros.

A esta hora de una tarde decembrina, no reconozco a nadie. No encuentro rastros de los viejos pasos, de las muchachas de balcón, de los gritos de gol. Nada. Arriba, el morro parece arrugarse de tristuras, su relieve está alterado. Todo cambia, dicen. Doy una vuelta a la manzana, paso por la que fue la tienda de Jenaro, subo por otra calle a El Carretero, sin mirar atrás. Siento el sol a las espaldas. La voz de una mujer que cuenta historias me dice desde la memoria que hubo una vez un barrio.

(Escrito en Medellín, el Día de los Inocentes de 2022).



JUAN HERRERA SOTO

TÍTULO: TRES YARUMOS

TÉCNICA: OLEO SOBRE LIENZO

DIMENSIONES : 60.0 X 80.0 CMS